

El pantano de las adicciones

Yolanda Zamora

Se dice con mucha facilidad que “todo tiempo pasado fue mejor”, pero creo que valdría la pena poner en cuestión esta aseveración, ya que la juventud actual con su libertad en muchos campos conquistada, su dinamismo, su vitalidad, su entusiasmo... tiene toda la fuerza para transformar el mundo. Con cuánta frecuencia también nosotros, los adultos, repetimos frases como estas: “¡Yo a tu edad... aquello y lo de más allá...!”. Qué afán el nuestro de estar dando lecciones todo el tiempo, cuando deberíamos tener presente que hemos heredado a la juventud un mundo bastante confuso y luego nos asustamos por ello. Todos tenemos derecho a vivir nuestra propia experiencia, a elegir nuestras propias batallas, a arriesgar por nuestros ideales, incluso, a cometer nuestros propios errores. A los padres nos toca, claro, orientar, prevenir en lo posible, pero también confiar, tener fe en lo que hemos sembrado en la infancia, seguros de que “las semillas de manzana, jamás darán zapotes”. Apostemos por la juventud, decididamente, pero con amor e inteligencia.

Ahora que, muy necio sería, en el caso de los jóvenes, desaprovechar la experiencia de las generaciones que les han precedido y descalificarlo todo, en un afán absurdo por probar cualquier cosa, bajo el pretexto del “soy libre”. La soberbia, aparece aquí de una manera avasalladora: “Yo joven, lo puedo todo, lo merezco todo y no tengo límites”. Libertad significa la elección del bien, porque la elección del mal no es libertad, sino esclavitud. Vivimos en estas primeras décadas del siglo XXI una circunstancia difícil y preocupante, que tiene que ver con la globalización del mundo; con este ir de las pequeñas sociedades a las que estábamos acostumbrados hacia las grandes, mundiales sociedades. Me refiero a ese tránsito de valores adquiridos en nuestro pequeño entorno familiar y educativo, hacia los valores impuestos desde afuera, y desgraciadamente, en la mayoría de los casos, sirviendo a una lógica de poder, de dinero y de mercantilismo. Y en aras de esta lógica, una minoría poderosa, que controla y manipula el mundo, maneja a su conveniencia a una mayoría casi siempre inconsciente. Desgraciadamente, allí es donde los jóvenes, sector vulnerable y presa fácil en algunos casos, pueden caer en la tentación de aceptar fácilmente el canto de las sirenas, con el argumento de “soy libre y hago lo que quiero”. La pregunta es: ¿somos realmente libres, queremos realmente lo que decimos querer? O en cambio, sofisticados mecanismos enganchan paulatinamente nuestra libertad desde pequeños y nos van asimilando sin darnos cuenta, hasta hacernos caer, dolorosamente, en terribles trampas, algunas mortales, como podría ser el caso de las adicciones.

Las adicciones

¿Qué es lo que hace caer un joven en el pantano de las adicciones? el fenómeno es sumamente complejo, y un verdadero reto. Sin embargo, hay muchos estudios autorizados al respecto, y casi todos coinciden en aceptar que la problemática se suele remitir, inicialmente, a la infancia, es decir, a ese primer escenario familiar en donde, idealmente, el niño debería sentirse seguro y amado. La familia debe ser para él un oasis en donde pueda refugiarse y descansar siempre: seguro, amado, confiado, arropado, contenido... ¿es siempre así? Sabemos que, desgraciadamente, no siempre es así. La adolescencia suele ser una etapa en la cual el muchacho busca identidad, pertenencia, aceptación, respeto a su persona, comunión

con otros... para no sentirse existencialmente solo en el mundo. Pero este sentimiento de *separatidad* (Fromm, *El arte de amar*), sólo se resuelve con amor, en su más profunda aceptación. Existen muchos sucedáneos del amor, que desgraciadamente confunden al joven: “Fumo para parecerme al resto del grupo... tomo, para ser aceptado por los demás que toman... me drogo, porque soy libre y mis amigos me invitan... y voy al antro para sentirme uno, vibrando y danzando como un todo...”.

Por otra parte, esta sociedad del siglo XXI contempla un gran avance tecnológico en todos los campos, especialmente en materia de comunicaciones, sí, pero también, ¡gran paradoja! nos enfrenta, como nunca, a una enorme carga de soledad, violencia y deshumanización. En realidad, siempre ha existido la violencia, el enfrentamiento, la sed de conquista. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre la violencia del pasado y la de ahora? Podríamos contestar (no sin cierta cautela en la afirmación) que la violencia parece estar institucionalizada, se vende y se compra, se lucra con ella, se provoca y, ante tal bombardeo, se empieza a considerar, cotidianamente, como algo normal. ¡La juventud, que quiere probarlo todo, es un mercado ideal! El mundo de las adicciones es parte de este preocupante espectro, y está presente como una real amenaza que no respeta sexo, edades, niveles socioeconómicos o creencias, y se va expandiendo malignamente como una mancha venenosa que siembra la muerte a su paso.

Muerte, dependencia y narcisismo

Vuelvo a Erich Fromm, psicoanalista social, estudioso de las sociedades humanas de la segunda mitad del siglo XX, en busca de su análisis de los signos de una sociedad en decadencia. Dice Fromm que sabemos que una sociedad está en decadencia, cuando tiene al menos uno de estos síntomas: 1) La necrofilia o amor a la muerte; 2) la dependencia; y 3) el narcisismo maligno. Veamos uno por uno: la necrofilia o amor a la muerte está presente día con día. Es fácil darnos cuenta de que la nota roja compite en primacía en los noticieros de los medios, y la muerte resulta “pan de todos los días”: guerras, asaltos, corrupción, venganzas, crimen organizado, drogas, bombardeos en la pantalla grande y en la chica, en los juegos de video, y hasta en la sala de televisión familiar en donde el niño se extasía sin parpadear, frente a la nana electrónica, o accionando el juego que le permite, haciendo un click, acabar con el enemigo. Mientras, el planeta es devastado, incendiado, contaminado, avasallado...en aras de “el progreso”. Parecería que la muerte se enseñorea del planeta.

La dependencia... ¿de qué? No sólo de las drogas, también del alcohol, del tabaco, del consumismo compulsivo, de la moda, del cultivo del cuerpo, del prestigio, de la mentira, de la vanidad, de la comunicación digital –que, si bien es una herramienta maravillosa, puede aislar a la persona, supliendo la dimensión humana por la pantalla, hasta convertirse en adicción-. Todo esto es dependencia. Y dependencia es... esclavitud.

Narcisismo maligno es el tercer síntoma del síndrome de decadencia de una sociedad. Es, en pocas palabras, el egoísmo llevado a niveles patológicos: “mientras yo esté bien, se puede acabar el planeta y hundir el resto del mundo”, “ya vendrá alguien a resolver el problema”, sin comprender que todos estamos en el mismo barco. Nadie podemos estar bien, si los demás no lo están. El narcisismo nos lleva a trepar sobre cualquiera con tal alcanzar fines individuales que destruyen a los demás. El narcisismo no ve al prójimo como igual, sino como “medio” para su propio aprovechamiento y pretendida felicidad.

Hay una salida

Muerte, adicciones, narcisismo... ¿Va el mundo, entonces, hacia la muerte sin posibilidad alguna? ¡No, claro que no! No podemos quedarnos con esta imagen desoladora, de ninguna manera. Si así fuera, no estaríamos usted y yo (y tantas personas más), hoy compartiendo esta preocupación, y apostando por la vida y no por la muerte, por la luz y no por la oscuridad. ¡Claro que no es la muerte la última palabra, y lo sabemos los que creemos en un proceso que nos trasciende! Somos más los que optamos por la vida, por la libertad, por el amor, en respuesta a todos estos males que, por otra parte, no podemos ni debemos ignorar. Por cada acto de violencia hay miles de actos a favor de la vida y de la paz... nos toca dar cuenta de ellos, testimoniar, activamente, nuestra fe en la humanidad, para contrastar el lado oscuro, tan multiplicado y repetido a nuestro alrededor por los medios. Hagámosle sitio a las buenas nuevas, a la luz, al testimonio amoroso de la vida. Ante las adicciones que conducen a la muerte, nos toca enfrentarlas con amor, conocimiento, confianza, respeto, comprensión... y en el último de los casos, prestándole voluntad a quien ha tenido la desgracia de caer, para compartirle la fuerza colectiva, arrebatárselo al pantano asfixiante, y volcarle el agua viva del amor que habrá de conducirlo a la libertad. Finalmente, ante el narcisismo maligno, opongamos el amor, la generosidad, la caridad... fuerza única capaz de transformar, nutrir a la humanidad y generar vida. Aquí, en esta tierra, en este momento, podemos participar de la construcción del reino del Amor. Y mire usted, volviendo a la juventud, todos estos aspectos: el amor, la generosidad, la libertad... son características naturales de los jóvenes. No en balde el escritor alemán Herman Hesse dice que la juventud es la mejor edad del hombre, porque no tiene ni la ingenuidad del niño, ni la contaminación del adulto. El joven se abre a la vida, dispuesto a cumplir sus ideales. Si elige el mal, es porque lo ve como bien, hay pues, confusión de valores. No podemos olvidar que los jóvenes son el grupo social más receptivo, pero también el potencialmente, decíamos, más vulnerable. Muchas veces, la influencia de la familia, o de la escuela, se ve eclipsada por modelos, conductas y patrones que vienen del exterior, y están “de moda”. Nos toca entonces, hacernos presentes, privilegiar el diálogo amoroso, el respeto, el ejemplo, el auténtico interés por los proyectos del joven, el apoyo decidido a sus ilusiones, a sus confusiones y búsquedas, e incluso, el respaldo y comprensión a sus posibles errores.

¿Quién abandonaría un escenario así, para encontrarse fuera con el dolor, la muerte, el abandono y la soledad?

Los jóvenes deben hacer uso de esa libertad que sí tienen, para expresar y tomar sólo aquello que verdaderamente desean, y no “lo que les dicen que deben desear”. Para revertir la tendencia de la manipulación masiva y globalizante, y asumirse como individuos libres, sí, pero responsables de su momento, de su entorno y de su realidad. No la realidad que se vende, se compra, y se deteriora, sino la realidad que se construye y se asume como propia y valiosa. Concluyo como empecé, con una profesión de fe: Creo en esta juventud que forma parte de un proceso teleológico que nos trasciende; creo en todos los jóvenes que, entusiasmados, son capaces de decir “¡basta!” a la deshumanización, a la violencia, a las drogas, a la manipulación, al narcisismo, al racismo, a la intolerancia, a la corrupción... Creo profundamente, porque esa juventud, de ahora, no está sola, somos muchos los que detrás de ella, y desde siempre, hemos estado trabajando sin claudicar, neciamente, obstinadamente, aún contra la corriente, por un lugar, nuestro mundo, de justicia, de amor, de paz... en donde

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 82 (2016)

ese río en el que ahora pocos beben y pocos pescan... sea “el río de todos”.